

FRANCISCO AYALA Y LA MITAD DEL CIELO

DURANTE las últimas semanas, la navegación por el mar de libros y papeles de mi mesa de trabajo no ha resultado tranquila. La aguja de marear no ha parado de señalar rumbos, orientando hacia el puerto de algunos, muy hermosos, libros o señalando hacia el recuerdo de un poeta que nos falta o apuntando hacia algunas cuestiones generales de pensamiento literario que no cesan. Esta columna quería haber saludado el nacimiento de un libro de poesía sin adjetivos, *Sabor a sombras*, de Manuel García; quería haber anunciado la aparición de la granadina colección *Jizo de Literatura para Niños*, inaugurada con *Pan y leche para niños*, nutritivo alimento poético salpicado de estrellas preparado por Francisco Acuyó; quería haberse demorado en la inteligencia literaria de Andrés Neuman presente en Bariloche; también, rodear verbalmente la figura de Gil de Biedma y traer al recuerdo de sus lectores la obra poética de un maestro que el toro de la vida hirió mortalmente hace ya diez años, entre otros asuntos. Sin embargo, la aguja se ha quedado quieta ante Francisco Ayala, nuestro escritor universal, por haberme proporcionado la ocasión de una experiencia inolvidable.

Hace pocos días, un grupo de mujeres —la mitad del cielo, según el proverbio chino— del Centro Sociocultural *Zaidín*, con el amparo de la Unidad de Bibliotecas del Ayuntamiento de Granada (M.^a Ángeles Jiménez) y el Centro Unesco de Andalucía (María Sánchez Arana), realizó la ruta literaria *Francisco Ayala en Granada*, en la que participé. Estoy seguro de que Ayala hubiera disfrutado recorriendo los espacios de Granada que en un tiempo presidieron y ordenaron su vida al calor de un grupo de personas que se había introducido por primera vez en su obra. No me cabe la menor duda que le hubiera gustado escuchar las resumidas exposiciones biográficas, con su pizca de fabulación en algún momento, y las lecturas de algunos fragmentos de sus obras en boca de unas mujeres que, en muchos casos, hablaban en público por primera vez y por primera vez se acercaban de esta manera al universo de la literatura. Le hubiera encantado recibir bajo un vespertino sol de primavera, a las puertas de la casa natal, los muy dulces comentarios sobre la figura de su madre y su proyección literaria, así como el chisporroteo festivo de palabras en la zona de la destruida *Manigua*. Le hubiera emocionado observar cómo, en la Plaza del Carmen, el recuerdo de la callada melancolía infantil frente a tantos gritos rituales de gloria que en su día nuestro escritor escuchara con ocasión de la Fiesta de la Toma volvía melancólicas las miradas. Se hubiera sorprendido del amor con el que manos forjadas en el trabajo más anónimo e instrumental recogían y se pasaban las copias de su expediente escolar conservado en el Instituto *Padre Suárez*. Le hubiera impresionado comprobar la agudeza expositiva de algunas personas, con las inflexiones de voz que denotaban comprensión, valoración y juicio, esto es, participación, a la hora de contarnos las historias narradas en cuentos como *San Juan de Dios*. Sé que le hubiera gustado esta experiencia, porque conozco cuánto ama Francisco Ayala la vida y su verdad donde quiera que éstas se encuentren. Y en ese paseo literario hubo vida y hubo verdad.

Desconozco cuántas personas de este grupo acabarán leyendo la obra de Ayala y cuántas quedarán atrapadas por esa escritura que no aspira al puro deleite estético ni al entretenimiento más simple, sino a cifrar una visión del mundo y una presencia activa y crítica en él mediante la cuidada elaboración de obras de invención literaria plenas de inteligencia creadora. Pero sí sé que la puerta de entrada estratégicamente elegida, un recorrido por los espacios vitales del escritor con el auxilio de su obra, resulta muy adecuada, puesto que, si bien en un principio los lectores comprenden las obras en función de sí mismos, usando los textos para sí, cuando se formulan algunas preguntas sobre los mismos éstas se orientan inicialmente al propio autor y a su trayectoria humana y vital. Pues bien, si tenemos en cuenta que Ayala plantea la conveniencia de tratar la relación entre literatura y vida superando la idea de contradicción o contraste entre las mismas, discurriendo acerca de la importancia que poseen en nuestra sociedad los objetos culturales literarios que vienen a funcionar como modelos de efecto preceptivo en la conducta de la gente, comprenderemos la decisiva función que las creaciones literarias juegan en la realidad de la vida humana: indagar en la condición de la vida y buscar respuestas acerca del sentido de la existencia. Ahí radica la efectividad de la ficción. En este sentido, si tenemos en cuenta además que Ayala, con el paso del tiempo, ha ido estrechando los vínculos entre narración y narrador, comprenderemos no sólo cuánta vida hay en su obra literaria, sino muy especialmente cuánta literatura hay en su vida. Esto explica la preciosa consistencia de sus obras narrativas, la verdad y ejemplaridad de su ficción, así como el difícil equilibrio creador a la hora de fraguar unas obras en las que las estrategias de verosimilitud se multiplican, practicándose un fecundo hibridismo entre lo que llamamos ficción y lo que conocemos comúnmente como realidad. Esto explica que el juego de la literatura ayaliana haya de jugarse a la verdad.

He contado esta experiencia reciente para homenajear de este modo al viejo escritor granadino y celebrar así el reciente aniversario de su nacimiento con los/mis lectores. También, cómo no, para dar cuenta de lo bien que se respira con la literatura de la mano fuera del aula y de cuánto sigue brillando la estrella literaria de Ayala, una estrella que en plena tarde llenó esa mitad del cielo de Granada.